

La literatura de lo maravilloso

Hombres=peces. El ente dilucidado. Duendes y trasgos. Mujeres con cuerno y varones que han concebido

Por José María Iribarren

Existen en la literatura española todo un género literario que se inicia con el libro de Marineo Sículo "**De las cosas memorables de España**" y la "**Silva de varia lección**", escrita en 1540 por D. Pedro Mexía, historiador de Carlos V, y termina con el "**Teatro Crítico**" del P. Feijóo (1741).

Pudiéramos llamarle el género de lo maravilloso y esotérico, el que recoge cuanto de raro e inaudito, de monstruoso y extravagante ha existido en la Naturaleza. En estos libros, ingenuos, pintorescos y divertidos, se habla de duendes y sirenas, de hombres-peces y meteoros nunca vistos, de señales celestes, de monstruos, de milagros y maravillas. Durante tres siglos el tema fabuloso y fenomenal fué favorito de las gentes.

La obra de Feijóo vino a constituir para esta clase de obras lo que el Quijote para los libros de Caballería. El sabio benedictino, con su crítica aguda y su mentalidad de hombre moderno, echó por tierra todas las fábulas y supersticiones que hasta entonces habían sido para el vulgo artículos de fé.

Y sin embargo, ¡cosa extraña!, Feijóo mismo sucumbe al atractivo de la literatura fantásica cuando recoge y, lo que es peor, acoge la fábula del Hombre-pece de Liérganes, de aquel Francisco de la Vega que se convirtió en pez en la ría de Bilbao víspera de San Juan del año 1673.

Dejando aparte el "**Jardín de Flores Curiosas**" que en el año 1570 publicó en Salamanca D. Antonio de Torquemada y otra porción de Silvas, Tratados y Compendios, nos conviene detener la atención en el más típico ejemplar de este género peregrino. Es

un libro cuyo título enfático (muy del gusto de la época) reza así:

— "EL ENTE DILUCIDADO. — Discurso único, novísimo que muestra ay en la Naturaleza animales irracionales invisibles y cuáles sean. Por el Revmo. P. Fr. Antonio de Fuente la Peña, Ex=provincial de Castilla. En Madrid. Imprenta Real. Año de 1676".

El ente que en el libro queda dilucidado y los seres irracionales e invisibles a que hace referencia son los duendes. Sin embargo, el estudio de estos seres forma solo una parte del libro. El resto es maravilla y esoterismo: he aquí algunos de los capítulos:

Si los monstruos son hombres. De las causas de los monstruos. Del más perfecto sexo. Si los brutos tienen juicio. Si el hermafrodita puede casarse con dos. Si puede dormirse mucho tiempo. Cómo se conservan los cisnes. Si el calor consume el húmedo. Si el hombre puede volar. Si podrá un hombre concebir.

Fuentelapeña es un caso de desenvoltura dialéctica, de tozudez silogística, de pasión argumentadora. Apareja sus temas con cuatro o cinco citas clásicas o modernas; las baraja; les aplica su ingenio sutil y sus argucias de ergotista, y al final, con un mohín de triunfo, sale airoso de las dificultades que él mismo se apañó y sienta conclusiones tan tajantes y peregrinas que nos deja patidifusos.

Como ya he dicho, el fuerte de su libro son los Duendes. Aquí es donde el buen fraile pincha en una vena española, en una preocupación nacional.

¡Y tan nacional! Hoy estas cosas nos parecen mentira. Hoy nos reímos de que por esos pueblos y villorrios de Dios haya quien crea en Duendes, Trasgos y Folletos. Y sin embargo, hace tres, cuatro siglos estas quimeras eran objeto de honda preocupación en los medios intelectuales. Los graves eruditos, los sesudos teólogos, los barbudos filosofazos creían seriamente en su existencia y al par que se ordeñaban sus barbazas augustas, exprimían su ingenio y daban vueltas a su meollo, tratando de definir la entidad y naturaleza, la esencia y caracteres de estos traviesos chisgarabís.

En aquella época, en que la gente veía al diablo en todas partes, el crujir seco de una tabla, el ruidillo de la carcoma, el portazo de una racha de viento, la travesura de una rata noctívaga eran "cosas de Duendes", añagazas diabólicas. Y aquellos graves y se-

sudos varones creían que definiendo al Duende y abrumándolo a silogismos para dilucidarlo, lo convertían en inócuo, en inane.

La mayoría de los escritores de los siglos XVI y XVII (los siglos de las brujas y de la hechicería) veía en los duendes unos demonios de ínfima categoría, una especie de diablillos veniales. Pero ¡cosa curiosa!, todos ellos coinciden en describirlos como a seres minúsculos que habitan en los sótanos y desvanes de los caserones deshabitados y demás lugares lóbregos. (La lobreguez y la spelunca es su elemento natural e inseparable).

Estos duendes —dicen a coro— se sienten en las casas; no son dañinos, sino traviosos y juguetones (¡menos mal!). QUITAN y ponen platos, tiran chinitas, juegan a los bolos, arrojan piedras por los tejados, arman ruidos y mueven tumultos. (¡Lo que la gozan!).

Tienen figura humana y suelen ir vestidos con hábitos de fraile (de esta manera los dibujaba Goya en sus "Caprichos"). Hacen visajes, bailan, y fraguan mil visiones y engaños para atemorizar o embromar a las personas.

Sus fechorías y rarezas son incontables: espantan, dan dinero fantástico a las mozelas de las casas donde habitan, abruman a los que duermen echándoseles encima, y (lo que es peor) en ocasiones pegan.

No faltan escritores que aseguren que su poder maléfico alcanza (como el de las brujas) a mover tempestades y a desatar vientos y granizadas.

Conviene todos en una cosa: en que los tales duendes son muy aficionados a los niños, ante los cuales muestran siempre un semblante risueño. En ocasiones se hacen amigos de las criadas y las ayudan en sus faenas, (por esto puso Goya al pie de un aguafuerte esta leyenda irónica: "Los duendecitos son la gente más hacendosa y servicial que puede hallarse: como la criada les tenga contentos, espuman la olla, cuecen las verduras, friegan, barren y acallan al niño"). Pero con los que se encariñan de verdad es con los caballos, a los que cuidan, peinan y almohazan con gran contento de los mozos de cuadra.

Se dice que guardan fingidos tesoros, joyas y monedas que, al ser tocados por mano de hombre, se convierten en carbones. Y, según popular conseja, tienen una mano de hierro y otra de estopa;

aunque esto más parece metáfora alusiva a que unas veces pegan suave y otras arrear de recio.

No falta quien les haya oído hablar entre sí y decirse:
¿No nos mudamos?

Como digo, la creencia en los duendes, la atribución a ellos de determinadas cualidades y origen era común, no ya entre el vulgo espeso, sino entre los más graves escritores. El Doctor Huarte de San Juan, en su "Examen de Ingenios" escribe así:

"Véese esto claramente por experiencia: que en siendo una casa grande, oscura, sucia, hedionda, triste y sin moradores que la habiten, luego acuden duendes a ella; y si la limpian y abren ventanas para que le entre el sol y claridad, luego se van, especialmente si la habitan muchas gentes y hay en ella regocijos y pasatiempos, y tocan muchos instrumentos de música". (Cap. VII de la edición de 1575).

¡Si hasta las leyes y los jurisconsultos se ocupaban de ellos! Julio Caro Baroja, que ha escrito de los duendes mucho y bien, nos dice que en el siglo XVI era práctica forense en Castilla que "si una persona iba a habitar una casa y luego se enteraba de qué en ella había duendes, podía abandonarla".

Pero volviendo a la literatura de lo maravilloso, el autor que más daño hizo a estos seres minúsculos, el que quiso acabar con su raza fué el inefable Padre Fuentelapeña.

Fuentelapeña coge a los Duendes, Trasgos o Phantasmas (así los llama) y, persiguiendo dilucidarlos, los tunde a silogismos y latinazos, los acorralla a fuerza de cuestiones, objeciones, dudas y subsecciones, y al final, alzando en vilo al duende entre la pinza de sus dedos monásticos, lo muestra a todo el mundo como diciendo:

—¡ Conseguí definirlo! ¡ Lo he matado!

¿Qué es el Duende?, comienza preguntándose. ¿Es un demonio? ¿Es un ánima? ¿Es un espíritu...? ¡Nada de eso! El Duende —afirma ufano— no es otra cosa que "un animal invisible **secundum quid**, o casi invisible, trasteador".

Y como todos saben que dichos **entes** "tienen su primer ser en caserones inhabitados y lóbregos, o en desvanes y sótanos" con-

cluye, al cabo de muchas vueltas y rodeos, que son "Animales engendrados de la corrupción de los vapores gruesos que se producen en los tales lugares".

¡ Conclusión admirable! Se figura uno a los podridos miasmas, a los vapores gordos, espesos, crasos, imponentes, y brotando de ellos como de un "ectoplasma", la entelequia traviesa y juguetona de los duendecicos, tragos, folletos y demás mequetrefes, condenados a asustar viejas, tirar chinitas y peinar rocines.

Fuentelapeña sigue adelante; él mismo va poniéndose objeciones, inventándose dudas, pero a cada una de ellas la pulveriza acto seguido con diez instancias, argumentos, subsecciones y pruebas.

¿De qué se sustentan los duendes?. La respuesta es rotunda: "De los vapores gruesos".

Pero, si comen —vuelve a interrogar— habrán de beber. Y habrán de dormir. Y habrán de excrementar y dejarnos residuo visible.

Esta última cuestión parece hacerle vacilar. Parece; porque inmediatamente se repone y suelta:

"Me persuado que tienen que excrementar, pero pueden hacerlo por los poros. A más que los vapores gruesos son de facilísima digestión y por eso no quedará residuo visible de él".

Hojas más adelante se plantea una duda que es de órdago:

—Siendo invisibles y sutiles, ¿cómo es que pueden hacer violencias?

La resuelve con una pregunta, una sola pregunta apabullante:

—"¿No es el aire invisible y sutil y sin embargo derriba casas?".

Arrastrado por la corriente de su facundia argüidora, Fuentelapeña admite que los duendes pueden engendrar; que pueden elevarse en el aire; y que pueden morir. ¿Cómo? Por varias causas: "por senectud, por hambre o porque los maten con estrépitos o estampidos de pólvora u otra cosa que los rompa, del mismo modo que el tocar las campanas y la artillería deshacen los nublados".

¡Admirable Fuentelapeña! Porque a todos parece estúpido y pueril que un semejante nuestro haya podido desvanecer los sesos tratando de **dilucidar** una entelequia. Y sin embargo, en un rincón del libro encontramos la clave de él, la que nos reconcilia con su autor. Este, al escribir su obra, iba guiado por un fin terapéutico,

altruista. El trataba de curar a su siglo del temor a los duendes. ¿De qué manera? Levantando frente a la hipótesis del ~~duende=diabolo~~, la certeza del ~~duende=animal~~, "pues sabiendo las gentes que son animales (no espíritus) les temerán menos, como sucede con los ratones, arañas etc".

Sin embargo, no se por qué se me figura que al rematar su libro en el silencio de su celda, nuestro buen fraile tembló de susto. El libro más tremendo de su librería acababa de caer al suelo. Por entre el hueco que dejó en el estante, un duendecillo socarrón, calada la cogulla, le hacía visajes y se reía de él.

Dije antes que el "Teatro Crítico" de Feijóo aceleró la desaparición de esta literatura fantasioso-erudita que habían puesto de moda Mexía, Torquemada y Fuentelapeña.

Pero en el mundo de las letras se producen a veces raros fenómenos de retroceso, avatares extemporáneos. Y tenemos el caso de que medio siglo después de publicarse la obra del insigne benedictino, y en el año 1786, en plena fiebre enciclopedista, se publica en Pamplona un libro curiosísimo, un tardío ejemplar del género maravilloso.

Este libro, que mi tocayo Azcona guarda en su biblioteca, está lleno de datos raros, de noticias extravagantes, de citas de escritores antiguos. Se advierte que su autor trata de resumir en él todo lo escrito sobre la materia. Y es tan fantástico, tan sorprendente que resulta muy ameno y divertido.

Se titula "**Conversaciones Instructivas entre el Padre Fray Bertoldo, Capuchino, y Don Terencio... escritas por el Padre Fray Francisco de los Arcos, Religioso Capuchino**".

Nuestro fraile navarro refiere las diversas ocasiones en que se han observado tres soles brillando a un mismo tiempo en el cielo, y cita casos de señales que han aparecido, como presagios, en el firmamento.

Afirma que Santiago vino a España acompañado de su madre Juana Salomé y de su padre Aristóbulo, a quien su hijo dejó en Inglaterra como Obispo de Dublín.

Sostiene que el Diluvio Universal tuvo lugar en el año 1656 y duró hasta el 27 de octubre de 1657, y explica —mes por mes— la travesía del Arca, como si nuestro autor tuviese a mano el Diario de Navegación o el Libro de bitácora del capitán Noé.

Son tantas las rarezas que contiene esta obra, que extractaré las más chocantes. Helas aquí:

En el año 936, en Genova, una fuente manó sangre algunos días, siendo presagio de la ruina de aquella ciudad.

En 1641 vivió en Roma un mozo de veinte años que pasaba 30 días comiendo solamente guijarros, "tan grandes como una pequeña nuez, y solía comer 20 de una vez; luego bebía un vaso de vino, se daba golpes en la boca del estómago, y se oía batir dentro las piedras unas contra otras".

Habla de una mujer que, habiendo bebido agua en una balsa, se le llenó el vientre de ranas, y se las oía croar perfectamente. Y de otra hembra a la que le cortaron un cuerno de muchas pulgadas de largo, cuerno que se conserva en la Biblioteca de la Universidad de Edimburgo (Escocia). Y de un pastor al que le nació en el vientre un espino que florecía todos los años.

Afirma que en el cuerpo humano hay fuego fátuo, y aporta citas de Virgilio, Ovidio y Tito Livio en confirmación de haberse visto brillar pequeñas llamas sobre la cabeza de algunos hombres eminentes.

Cuenta de seres monstruos, de sirenas y mujeres marinas, citando el lugar y año en que fueron vistos y el autor que lo afirma.

En el colmo de la fantasía consigna varios casos de hombres que han dado a luz criaturas. He aquí los casos:

"En Dordrech (Holanda) el año 1759 un hombre de 32 años, fabricante de cerveza, llamado Sleok, tenido por hidrópico, fué operado, y se le sacó del vientre un niño vivo que parecía tener nueve meses".

"El año 1771 en Hall (Sajonia) un hombre se sintió con los síntomas de embarazo, se le hizo la operación y se le sacó una criatura viva; y vivieron hijo y padre algún tiempo".

"El R. P. Leonardo Bertrando Loth, en su libro "Resoluciones Teológicas", afirma que en 1354 cierto hombre llamado Luis Roosel tuvo en el muslo derecho un dolor intolerable, y haciéndosele un tumor, después de nueve meses salió de dicho muslo, con admiración de todos, un niño vivo, el cual fué bautizado, y se le llamó Luis como su padre, y murió a breve tiempo".

En materia de partos anormales, cuenta el de una mujer que arrojó fuego por el útero, produciendo quemaduras a la comadrona. Dice que es muy corriente que las mujeres den a luz sabandijas y bichos, erizos, ranas y culebras: que él mismo vió el caso de una

mujer que dió a luz una especie de rata que daba saltos. Y que sabe de cierto muchacho que arrojó una lombriz de más de cuarenta palmos de largo" (1).

Para final, el libro de Los Arcos aborda un tema ineludible en esta clase de obras: el de la existencia y esencia de los Duendes.

Nuestro capuchino, conocedor del "Ente dilucidado", llega en sus conclusiones más lejos aún que el inefable Fuentelapeña, y alzando el dedo en actitud definidora, nos espeta, muy en serio, que los Duendes "son **animales corpóreos**; y así —añade— son vivientes y sensitivos... y suponiendo que ordinariamente se sienten y tienen su primer ser en caserones inhabitados y lóbregos, o en desvanes y sótanos... se infiere que son animales engendrados de la corrupción de los vapores gruesos, que en semejantes lugares hay por falta de habitación, lumbre y comercio, que purifique el aire".

Según datos que debo a la amabilidad del erudito Padre Pérez Goyena, este libro del capuchino de Los Arcos fué recibido con risa y algazara. Don Tomás de Iriarte y D. Pedro Centeno se burlaron donosamente de las cosas inauditas y fantásticas que aparecen en él. Lo defendieron Juan Bautista Jordán, Iñigo Claro y D. José de Echevarría.

La Inquisición tomó cartas en el asunto, y considerando que la lectura de esta obra daba lugar a que las gentes ridiculizasen la Religión cristiana (Edicto de 24 de mayo de 1789) la incluyó en el "índice", por cuya causa quedan muy pocos ejemplares de ella.

El brote último de la "literatura de lo maravilloso" lo hallamos a principios de este siglo en la revista "Alrededor del Mundo". Yo la recuerdo con especial cariño porque sus monstruos y sus sirenas, sus trenes voladores y sus balas lunares, sus fábulas pueriles y sus mentiras estupendas, rebozadas de cientifismo extravagante, alucinaron mi niñez, al asomarme al bello mundo de la fantasía.

Pamplona: Febrero 1943

(1) En el extravagante libro **Compendio curioso del Atlas abreviado** que publicó en Madrid (1758) el licenciado y presbítero Ginés Campillo, leí con gran asombro que "en 1672 parió una mujr en un lugar de Francia una hija, que estaba preñada de otra, que recibió agua de bautismo".